

Desde un rincón del mundo, relato 2

*La lluvia
de Tokio
es gris*

NISA ARCE

1. [Créditos](#)
2. [Nota de la autora](#)
3. [Haiku](#)
4. [La lluvia de Tokio es gris](#)
5. [Curiosidades](#)
6. [Sobre la autora](#)

Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2020, *La lluvia de Tokio es gris*. Colección *Desde un rincón del mundo*, relato 2

© 2020, Nisa Arce, de la presente edición

© 2020, Beta-reader: Nayra Ginory

© 2020, diseño de portada: Nisa Arce, realizado en [canva.com](https://www.canva.com). Fotografía de [Thomas Charters](#) disponible en [Unsplash](#)

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

<http://www.Nisa-Arce.net>

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Escucha las canciones que inspiran este relato en la playlist *Desde un rincón del mundo* (a partir de la pista número 7), disponible en Spotify: <https://open.spotify.com/user/nisarce>

Nota de la autora

Me encanta viajar. Y cuando a esta pasión le unes otra como es la escritura, pueden surgir cosas de lo más interesantes... Inspirarme en los lugares que visito para desarrollar mis historias es algo que llevo años haciendo (por poner un ejemplo, no existiría *Pierrot*, la primera novela que escribí, si no hubiera hecho un viaje a Italia con mi familia, en el que visitamos, entre otros lugares, Venecia y Roma), pero en esta ocasión quería llegar un poco más allá, ponerme un reto.

Siempre he pensado que escribir un relato es más complicado que escribir una novela, pues en menos páginas tienes que ser capaz de plasmar una historia que atrape al lector, con un trasfondo, y que no se vaya por las ramas. Lo he pospuesto una y otra vez..., hasta ahora. Con la llegada de mi hija (y por tanto, al disponer de menos tiempo para escribir) me di cuenta de que me apetecía darle salida a las ideas que he ido acumulando y que requieren de menos espacio para ser contadas, proyectos a los que no tenga que dedicarles más de un año para que vean la luz.

Esta historia que vas a leer a continuación es fruto de esas inquietudes, y forma parte de una colección de cinco relatos inspirados en los cinco lugares del mundo que he visitado con mi marido hasta la fecha. Tras haber publicado en enero de 2020 el primero de todos ellos (*Una postal desde Akureyri*, ambientado en Islandia), le llega el turno a este, ambientado en Tokio, ciudad apasionante que me enamoró durante nuestro viaje a Japón en el año 2012. Precisamente durante ese viaje se me ocurrió el título para esta historia, pero no en la capital nipona: recuerdo que llovía a cántaros a nuestra llegada a Osaka, tanto que decidimos tomarnos la tarde libre y quedarnos a descansar en la habitación del hotel. En la tele, un partido de béisbol. Afuera, el ruido incesante del diluvio. Y de pronto, esa frase acudió a mi cabeza: *La lluvia de Tokio es gris*. Desde entonces la he tenido guardada en un cajón, hasta que llegase el momento de sacarla a la luz.

El momento ha llegado. Espero que lo disfrutes y que el relato te transporte a tierras tokiotas sin moverte del sitio.

Haiku

*Luces rojizas
avanzan en línea
al amanecer.*

La lluvia de Tokio es gris

A veces, mientras viajaba en plena hora punta en el atestado y silencioso vagón del tren, Kenzo se preguntaba de dónde iba a sacar las fuerzas para hacerle frente a la jornada de trabajo. Era en mañanas como esa cuando se evadía en el recuerdo de días pasados, en la frescura e inocencia con las que soñaba con vivir algún día en Tokio, deseo que llegó a convertirse en el principal motor de su juventud. Y dicho deseo se había hecho realidad, pues ahí estaba, haciendo el trayecto en la línea Yamanote que suponía el último de un periplo de transbordos que le llevaba cerca de hora y media completar para llegar puntual a la oficina, cartera en mano, camisa blanca y riguroso traje negro de chaqueta y corbata, idéntico al que sus compañeros —y los miles de *salaryman* que atestaban las principales áreas comerciales de la capital— lucían. Se fijó discretamente en los demás viajeros que ocupaban aquel espacio: rostros serios y adormilados, algunos parcialmente ocultos por mascarillas. Miradas vacías, gesto evadido. Quizás haciéndose la misma cuestión que él mismo.

Ya habían pasado veinte años desde que se graduase en el instituto, y unos pocos menos desde que, tras licenciarse en una universidad de segunda, encontrase trabajo en el sector de la reprografía. Tokio lo engulló, implacable y descomunal, en un complejo entramado de relaciones interpersonales donde mantener a los clientes era tan complicado como sobrevivir. Así que trató de centrarse en el presente inmediato: llegó a su puesto y repasó la agenda, salió de ruta para mantener las reuniones previstas, llevó algún que otro obsequio a los directores de las empresas que parecían querer cambiar de suministrador de fotocopadoras. Cayó la noche, y sus pies se movieron solos hacia una *izakaya* cercana. Al entrar volvió a hacer de tripas corazón, pues lo último que le apetecía era tener que asistir a la cena en la que, trimestralmente, se reunían los departamentos comerciales de las sucursales que la empresa tenía repartidas por la urbe; una cita que pese a su carácter informal, de informal poco tenía. Pero era su deber formar parte del grupo y amoldarse a la voluntad colectiva.

Se esforzó por atender a la perorata de su jefe, beber sin rechistar cada vez que este le llenaba el vaso, participar en diversas conversaciones. Lo peor de todo era tener que sentarse junto a Totsuya. Verse forzado a reunirse con su antiguo compañero de secundaria, quien por cosas del azar había acabado por formar parte de la sucursal de Minato, le producía un fuerte rechazo, pues en ocasiones como aquella no le quedaba otra que escuchar anécdotas del pasado que, precisamente de sus labios, no resultaban dulces.

Tomó un *yakitori* de la bandeja que acababan de servirles, y estaba diciéndose a sí mismo que al menos la comida en aquella tasca no estaba nada mal cuando Totsuya lo llamó:

—Oye, Matsumoto...

Kenzo le miró. Ya ni recordaba cuándo fue la última vez en que alguien lo había llamado por su nombre de pila.

—¿Te acuerdas de Sato, el de clase? —preguntó Totsuya.

Al oír aquello, a Kenzo le dio un vuelco el corazón.

—Sí, claro que me acuerdo —acertó a responder.

—Me lo encontré ayer en la estación de Shinjuku. Ya ves, con la de gente que pasa al día por ahí y justo tengo que toparme con él... Por lo visto trabaja en un club. —En un gesto carente de respeto, se sacó del bolsillo la tarjeta *meishi* que el mencionado le entregase y la lanzó sobre la

mesa—. Hay algunos que no cambian, ¿eh?

Kenzo, apurado, la leyó. A diferencia de sus propias tarjetas de visita —blancas, con caracteres negros en sobria disposición— aquella era roja con *kanjis* dorados; hasta la textura resultaba llamativa. Leer el nombre del compañero de instituto de ambos hizo que se le encogiera el estómago, y una terrible náusea se apoderó de todo su cuerpo. Era perfectamente consciente de que el malestar no era debido a su baja tolerancia al alcohol, sino a esa forma en la que Totsuya había hurgado en lo que llevaba enterrado en el pecho; como una espina que, de tanto ignorarla, había acabado por enquistarse.

—Supongo que no, que algunos no cambian... —musitó, más bien para sí mismo.

Totsuya pidió más sake, y Kenzo, aprovechando que este se estaba enfrascando en otra conversación con un miembro de la sucursal de Meguro, dejó a buen recaudo la *meishi* en el interior de su cartera. Durante las horas siguientes dio lo mejor de sí mismo para estar a la altura del profesional que se esperaba que fuese en todo momento. Sin embargo, cuando el local hubo echado el cierre y los más jóvenes propusieron seguir la fiesta en un *karaoke*, decidió no unirse.

—Lo siento —se disculpó con una reverencia—, pero me gustaría llegar al último tren.

—Oh, venga, no seas así —se quejaron los demás—. Aguantaremos juntos hasta el amanecer.

Kenzo, acentuando la reverencia, volvió a declinar la propuesta, y escuchó comentarios burlones a sus espaldas cuando, en solitario, se apartó del grupo para tomar la dirección opuesta. Sus pasos lo llevaron hasta la mencionada estación de Shinjuku, aquel laberinto en el que confluían líneas de trenes de alta velocidad, regionales, metropolitanos y subterráneos, y que con sus más de doscientas salidas podía convertirse en un infierno para quien no tuviese claro cuál de ellas tomar. Aun así, cuando estuvo ante la puerta de la salida este, se quedó clavado en el sitio. Decenas de pasajeros le sobrepasaron, recriminándole en silencio que estuviera obstruyendo el camino, pues un leve retraso podía costarles el tener que hacer noche en el centro.

Aunque sabía perfectamente que si no se daba prisa tendría que buscarse un hotel cápsula por los alrededores, pues era una opción preferible a dejarse una fortuna en un taxi de regreso a casa, no se movió de ahí. Y es que por primera vez en todos aquellos años, en lugar de dejarse llevar por el sentido del deber, Kenzo se dejó llevar por el corazón.

Se dio la vuelta, y tras extraer la tarjeta de la cartera volvió a leer la dirección que esta indicaba: el club se encontraba en el cercano Ni-chōme. Al constatar que se trataba, ni más ni menos, que del conocido como barrio gay, sintió otra punzada en el pecho al dotar de más significado lo despectivo de las palabras de Totsuya.

«Hay algunos que no cambian».

Nunca, en la década y media que llevaba residiendo en Tokio, había puesto un pie ahí. Mientras esquivaba a los que exprimían al máximo la madrugada del viernes, empezó a llover. Esa lluvia fría de primavera que parecía calarte hasta lo más profundo de tu ser y que sin embargo agradeció, pues ayudaba a que se disipasen las brumas etílicas. Las luces de los gigantescos edificios parecían manchas borrosas vistas a través de su paraguas transparente; un despliegue de colores que, sin embargo, para él carecían de saturación cromática. Y es que aquel ritmo laboral en el que se le iba la vida había dotado al mundo, bajo su percepción, de una tonalidad grisácea. Nada le emocionaba, nada le resultaba hermoso. Solo existía la inercia de sol a sol.

Quince minutos después, tras haber recorrido a pie la distancia, llegó al área en la que, como en un oasis, afloraban diversos locales que lucían en su entrada el símbolo que los convertía en un

refugio para gente como él. Tokio, y con ella el resto del país, mostraba una incómoda tolerancia hacia el diferente. Nadie era abiertamente discriminado, solo sometido al vacío que aguardaba a todo aquel que se salía de lo homogéneo. Y él, curtido en lo que a soledad se refería, ya había aceptado que siempre andaría sobre la delgada línea que separaba la discreción del autoaislamiento. En vez de sentirse a salvo en dicho entorno, la urgencia de dar cuanto antes con el enclave que estaba buscando se apoderó de él.

A base de preguntar a un par de relaciones públicas por la dirección —y declinar todo lo educadamente que pudo el ofrecimiento de entrar a sus locales en lugar de al que estaba buscando—, lo encontró. Estridentes flamencos rosas de neón flanqueaban la palabra *Paradise*, y una bandera arcoíris colgaba del soporte. Dudó. ¿Realmente hacía bien en acceder al recinto? ¿Qué era lo que con ello esperaba conseguir? Logró vencer sus propias reticencias y, una vez dentro, se sorprendió: numerosas mesas elegantemente ataviadas se disponían frente a un escenario, en el que destacaban un telón y más decoración en tonos rosados. Se sentó a una de las mesas, y constató que un público de lo más variado ocupaba las que lo rodeaban: parejas variopintas, incluso formadas por nativos y extranjeros; grupos amplios, también algún que otro solitario.

Pidió una tónica con hielo, y para cuando le hubieron servido, las luces se apagaron y empezó a sonar música. El público se entusiasmó, y al ritmo machacón de la melodía hicieron aparición los tres primeros artistas. Sin dar crédito, Kenzo constató que aquello era un local donde actuaban transformistas. O *drag queens*, como gustaban que se los llamasen. En un despliegue de lentejuelas y desparpajo, mientras bailaban y movían los labios en una sincronización casi perfecta con la letra de las canciones, quienes estaban sobre las tablas se metieron rápido al público en el bolsillo, y se sorprendió a sí mismo, pasado el impacto inicial, divirtiéndose. Los números se intercalaron, y estaba pensando en llamar de nuevo al camarero, solo que esta vez para preguntar directamente por quien estaba buscando, ya que en los vistazos fugaces que había dado alrededor no le había distinguido, cuando por megafonía se pidió al público que recibiera con un fuerte aplauso a la señorita Midori.

Los allí presentes así hicieron, y cuando el nuevo artista hizo aparición, estalló el éxtasis. Kenzo observó la arquitectura femenina que se le ofrecía: facciones delicadas, maquillaje recargado aunque hecho con gusto; la melena, lacia y azabache; la piel blanca como la porcelana. Sus ojos, oscuros y coronados por unas larguísimas pestañas, brillaban con un fulgor especial.

A diferencia de las anteriores *drags*, Midori no interpretó temas de rabiosa actualidad, sino que su número se apoyaba en el *enka*, sobre todo en baladas que databan, en su mayoría, de la época de la posguerra, lo cual terminaba de acentuar la atmósfera *vintage* que la envolvía. Kenzo pudo sentir cómo la emoción embargaba a los demás espectadores, y una energía única e intensa se apoderó del local; tal era la presencia de *Miss Midori*, tal la fascinación con la que sus incondicionales la reverenciaban. Él, que se sentía un grano más, insignificante e idéntico a todos los que conformaban la gran planicie de arena que era Tokio, se supo a partes iguales tan fascinado como perturbado por la manera en la que aquella persona, que se valía de la fluidez entre géneros para dar vida al personaje, cegaba proyectando su luz interior.

A medida que el número llegaba a su fin la neblina del ensueño se fue difuminando, y la estrella del local se despidió. Kenzo sopesó si marcharse, pero vio que Midori se bajaba del escenario y pasaba por entre las mesas saludando a los asistentes. Algunos lo hacían con animadas reverencias, otros se atrevían a tomarla de las manos con devoción. Cuando pasó a su lado, Midori se lo quedó mirando. Siguió repartiendo atenciones entre sus fans, y poco después estuvo de vuelta trayendo consigo un cóctel tan rosa como la decoración.

—¡Bienvenido a *Paradise*! Nunca te había visto por aquí, ¿es la primera vez? —le preguntó; su voz sonó cristalina como un arroyo cuando se tomó la libertad de ocupar un asiento a su lado.

Kenzo asintió con timidez.

—Espero que hayas disfrutado del espectáculo. Vaya, ¿no me digas que has venido directamente desde el trabajo? —observó Midori, en referencia a su inequívoco atuendo.

Kenzo volvió a asentir de un cabeceo y tuvo la deferencia de entregarle, siguiendo el protocolo, su tarjeta de visita. En la *meishi* que le tendió con ambas manos constaba la empresa a la que pertenecía, su cargo y, por último, su apellido y nombre, así como formas de contacto.

—Disculpe, señorita Midori... —titubeó—, pero me preguntaba si podría ayudarme.

—¿De qué se trata? —quiso saber mientras le daba un largo sorbo a su cóctel.

Él, apurado, explicó la situación:

—En verdad, estoy buscando a alguien... Me dijeron que trabaja en este club.

—Oh, ¿y por eso has venido hasta aquí?

—Sí.

—Entonces debes de tener ganas de ver a esa persona —afirmó.

Kenzo sopesó tales palabras. ¿Realmente las tenía? ¿Y si la brecha del paso del tiempo se había hecho tan grande que era insalvable, o lo último que esa persona en cuestión deseaba era verlo a él?

—Dime, ¿cómo es? —retomó Midori el diálogo—. Los camareros cambian con frecuencia y a veces no llegan a conocer a los nuevos, pero quizás pueda ayudarte.

Kenzo dudó. Ni siquiera sabía cuáles eran sus funciones, y de entre el cúmulo de sinsentidos que había llevado a cabo esa noche, compartir con aquella persona a la que no conocía algo tan íntimo le pareció descabellado. Pero lo cierto es que no tenía nada que perder.

—Pues... Hace muchos años que no le veo, pero... no es muy alto —empezó a enumerar—, puede que siga teniendo el pelo corto, aunque en su día lo llevaba teñido, y... —Sintiendo que de pronto le invadía la calidez al recordarlo, añadió—: Siempre estaba sonriendo. Sí, eso es... Su sonrisa era un rayo de sol en un día nublado.

Como si en vez de compartir sus pensamientos hubiera contado un chiste, Midori empezó a reír. Dicha risa, contagiosa, lo descolocó. Y es que nada más oírlo, Kenzo se dijo que ya la había escuchado antes.

—Creo que voy a tener que creerme que realmente se me da bien esto. —Sus labios escarlata se curvaron, y sus ojos, negros y rasgados, lo miraron con candor—. ¿De veras que no me reconoces, Ken-chan?

Entonces, Kenzo lo vio. Debajo de aquellas capas de maquillaje, de las cejas delineadas, las pestañas postizas y el rímel. Debajo del carmín, la peluca, la sutileza de sus gestos, los ropajes que se adherían a las formas falsas del cuerpo.

Lo que Totsuya le había dicho era cierto, pues ahí, en ese local en medio de Ni-chōme y tras veinte años sin saber de él, había dado con Hirose.

※※※

Aquel restaurante —si es que merecía tal calificación— en el que entraron le recordó a Kenzo, en esencia, a los que atestaban el popular y cercano Golden Gai: modesto aunque acogedor, con

apenas tres mesas y un menú formado únicamente por arroz blanco, *katsu curry* y *gyozas*. Hirose, tras entablar una animada conversación con el dueño y cocinero, se tomó la libertad de pedir por ambos. Casi al instante tuvieron la comanda servida, y a Kenzo aquella recena tardía le pareció deliciosa.

—Digamos que soy habitual por aquí —dijo Hirose sosteniendo una *gyoza* entre los palillos

Kenzo se atrevió a mirarle; aunque hacía rato que se había despojado del atuendo en el camerino del club, le seguía pareciendo desconcertante estar en su presencia. Observó sus rasgos y cómo el paso del tiempo no se había cebado en exceso con su rostro, en el que apenas se apreciaban arrugas. El cabello muy corto, sin tinturas que alterasen su tono azabache natural. Algo más de corpulencia, si bien no llegaba a desembocar en el sobrepeso.

Los paraguas de ambos descansaban en el paragüero a la entrada del local, mientras que en el exterior decenas de otros idénticos —de esos que podían adquirirse por trescientos yenes en cualquier tienda de conveniencia— avanzaban desplegados bajo la lluvia.

—¡Tenemos que ponernos al día! —exclamó Hirose—. Cuéntame, ¿qué has hecho desde la última vez que nos vimos?

El oficinista, tras llevarse un trozo de cerdo empanado a la boca, procedió a resumir las que habían sido las dos últimas décadas de su existencia:

—Me licencié en Administración.

—¿A qué universidad fuiste?

—A la de Toyama.

—¿No saliste de la prefectura? —se asombró Hirose.

Kenzo hizo un gesto, confirmando que había cursado estudios superiores en la tierra natal de ambos.

—Terminé los estudios, ahorré todo lo que pude e hice la maleta para venir a la capital. Conseguí un empleo y desde entonces he ido ascendiendo. —Con un regusto amargo por ser consciente de que en verdad llevaba estancado en el mismo puesto más años de los que le gustaría, sin perspectivas de que la situación mejorase por mucho que se esforzara, añadió—: Al menos no estoy todo el día encerrado en una oficina.

—Entonces, eres comercial en el sector de la reprografía...

—Y tú... —Le costó dar con la palabra adecuada—: Artista.

Hirose, con una gran sonrisa, esta vez le tendió en persona y empleando ambas manos su *meishi*. Kenzo se permitió observarla con detenimiento.

—Sí, soy artista, pero solo actúo los viernes y sábados —aclaró—. Entre semana trabajo a tiempo parcial en un supermercado.

Kenzo se guardó la tarjeta junto a la que ya tenía.

—¿Y dónde vives? —siguió indagando Hirose.

—En Adachi —respondió el oficinista.

—¡Vaya! Pasé una época cerca de ahí. En verdad, más bien podría decirse que he pasado épocas viviendo cerca de todos lados —agregó, divertido.

—¿Llevas mucho en Tokio?

Hirose se llevó el cuenco de arroz a la boca. Tras haberlo vaciado a la mitad, contestó:

—Sí. De hecho, me temo que más tiempo que tú: no seguí estudiando tras el instituto, sino que me vine aquí a probar suerte.

Kenzo guardó silencio unos segundos. Otra cuestión pujaba por brotar de sus labios, pero en lugar de formularla sin más, buscó la manera indirecta de hacerla.

—¿Entonces... frecuentes Ni-chōme? —murmuró, incómodo.

Hirose asintió, sin tener reparo alguno en afirmar que se movía como pez en el agua en aquella zona de ambiente. O lo que era lo mismo, diciéndole también de forma indirecta que en efecto *no había cambiado*, tal y como espetó el compañero de secundaria de ambos.

—Deduzco que tú no —observó—, o ya nos habríamos visto antes... Por cierto, no me has contado quién te dijo que podrías encontrarme en el *Paradise*...

Kenzo bajó la mirada.

—Fue Totsuya... —Tras una pausa, concretó—: Trabajamos para la misma compañía, aunque en delegaciones distintas.

—Totsuya, claro —afirmó Hirose, dando a entender que en efecto se habían visto—. ¿Es buen compañero de trabajo?

—No es que tratemos demasiado, la verdad... —volvió a murmurar, y un nuevo dolor sordo restalló en su pecho.

«No sé por qué andas siempre con ese, Matsumoto... ¿Acaso también eres un pervertido?».

Aquellas palabras resonaron en su cabeza, y Kenzo se vio a sí mismo de adolescente, vistiendo en lugar de aquel traje tan pulcro como insulso el no menos pulcro e insulso uniforme de secundaria. El rostro aún sin curtir por los reveses de la vida, la ingenuidad de todavía no acabar de comprender cómo funcionaba el mundo; el miedo por estar empezando a entenderlo. Y Hiro en el pupitre de al lado durante las clases; en su mismo equipo durante las actividades deportivas; en el aula donde formaron el club de música contemporánea al que iban a escuchar discos y debatirlos en las extraescolares. Hiro en su propia casa durante las largas y calurosas tardes de verano; Hiro en la butaca próxima cuando iban al cine con tal de matar el aburrimiento.

¿Cómo podía haberse transformado quien fuese su mejor amigo en el cuasiextraño que estaba sentado frente a él? ¿Cómo había podido abandonar a Hiro como lo hizo, borrarle de un plumazo de su vida por la cobardía que aún arrastraba como rasgo inequívoco de su carácter?

Sacudió la cabeza, como queriendo despojarse de tales pensamientos, y le miró. Por mucho que se reprochase los errores del pasado, debía admitir que aquel reencuentro le alegraba profundamente.

—¿Te han dicho que estás igual que siempre, Ken-chan? —cambió Hirose de asunto con desparpajo.

Kenzo esbozó una sonrisa.

—No sabes cuánto tiempo hace que nadie me llama así..., Hiro —correspondió, empleando el diminutivo que usaba antaño para con él.

—Te has sentido solo, ¿verdad? —aventuró el artista.

Kenzo bajó la mirada. ¿Tan evidente era? En lugar de responder con más palabras, dio cuenta de la última *gyoza*.

—Hubo una época en la que yo sí que me sentí solo —continuó Hirose—. Esa soledad que te devora por dentro y te impide ver más allá de tu propio horizonte... ¿Sabes a qué me refiero?

El oficinista volvió a asentir. Compartiendo con él una realidad de la que muy pocos estaban al tanto, Hirose añadió:

—Pensé incluso en ponerle fin a todo. Irme de este mundo sin que nadie me echase de menos, pero...

Al oír aquello, Kenzo sintió un escalofrío.

—... entonces conocí a Lily. Podría decirse que me salvó la vida.

—¿Quién es Lily?

Hirose se sacó la cartera y de esta extrajo una fotografía. En la imagen el propio Hirose posaba con un hombre mayor; pese a su edad avanzada, transmitía gran vitalidad.

—Se llama Reiji, pero prefiere usar su nombre artístico. Vivo con él, me encargo de las tareas domésticas en lugar de pagarle alquiler. —Mientras buscaba otra foto en la cartera, agregó—: También fue quien me lo enseñó todo. Mi maestro...

—¿Maestro...? —dudó.

—Aunque hace bastante que se retiró de los escenarios, sigue siendo una leyenda. —Le mostró la segunda fotografía; el paso del tiempo la había desgastado, pero en ella podía apreciarse una esbelta figura femenina, de naturaleza tan impactante como ficticia—. Cuando la vi actuar por primera vez, algo cambió en mi interior. Transmitía tanta fuerza, tanta elegancia... Me conmovió, hasta el punto de que supe que yo también quería probar ese arte. Así que, ya ves..., Lily me enseñó a transformarme en otra persona. Dejar de ser yo para convertirme en Midori me hace sentir libre, es algo que muchos no pueden comprender.

Kenzo pensó en lo encorsetado de su día a día. En las normas y protocolos, las reglas escritas y no escritas, en la rectitud con la que debía ceñirse a ellas.

—Yo sí que lo comprendo... A mí a veces me gustaría dejar de ser quien soy.

—¿Eres feliz? —preguntó Hirose sin rodeos.

Y él, sopesando la magnitud de la cuestión, simplemente murmuró:

—No lo sé.

Comieron en silencio por espacio de varios segundos. Afuera seguía lloviendo, y una pareja entró al local atravesando el *noren* que decoraba el acceso. Kenzo los observó, preguntándose si ellos también habrían hecho semejante balance vital.

—¿Y tú, Hiro? —rompió el mutismo—. ¿Eres tú feliz?

—Tengo una vida sencilla que puedo compaginar con estos ratos de libertad, así que podría decirse que sí.

—¿Y qué hay... del amor?

—Ya casi nadie cree en él, ¿no te parece?

Kenzo pensó en su círculo social, compuesto casi en exclusiva por solteros o divorciados. Que él supiera, los pocos emparejados a los que conocía practicaban, con mayor o menor frecuencia, el adulterio. Bajo ese prisma, tal afirmación parecía cierta. Y sin embargo, él se resistía a aceptarla.

—Llámame ingenuo, pero yo aún quiero hacerlo —respondió.

—El mundo necesita más ingenuos —afirmó Hirose—. ¿Quiere eso decir que durante todo este tiempo te has enamorado?

Kenzo bajó la mirada. Cuánto dolía hablar con él precisamente de tales asuntos... Demasiados años negándose a sí mismo la posibilidad de recordar que Hiro, además de su amigo fiel, había sido quien le hizo descubrir lo que era exactamente eso: el amor. Este, decían, traía dicha, pero él solo había experimentado la pena, la ira hacia sí mismo. La soledad, la nula experiencia en las relaciones personales.

—No —reconoció—. ¿Y tú?

Hirose sonrió, condescendiente.

—De Lily he aprendido muchas cosas —afirmó—, entre ellas, que en el amor uno ha de ser como la naturaleza ante las estaciones: hay que saber adaptarse a las circunstancias.

Ante la nueva mención, Kenzo, aún con duda en la voz, preguntó:

—Entonces, tú... ¿vives con él?

—Sí, desde hace ocho años. Se quedó solo cuando falleció su hermana, y la casa le resultaba demasiado grande, así que me propuso que me mudara... Es una de esas viviendas unifamiliares de principios de la era Shōwa, ¿sabes? En Yanaka, no demasiado lejos del parque de Ueno.

—Vaya... —exclamó, admirado—. Mi apartamento mide doce metros cuadrados, no consigo imaginar cómo debe de ser vivir en un lugar así...

—Casi nadie se las puede permitir hoy en día si no es por herencia —reconoció Hirose—, soy un privilegiado por tener habitación propia. De hecho, ¿por qué no vienes conmigo y te la muestro?

—¿Eh? —acertó a responder, desconcertado.

—Lily siempre me espera despierto cuando tengo actuación. Además, le encanta tener visita —añadió.

—Pero... es muy tarde y...

—Has perdido el último tren, ¿no? —dedujo Hirose por la hora. Tras terminarse la cena y darle las gracias al dueño por el servicio prestado, insistió—: Vamos, acompáñame.

Kenzo dudó, pues no quería causar semejantes molestias. Sin embargo, cuando Hiro lo miró fijamente a los ojos y pronunció las palabras que para nada esperaba oír de sus labios, no le quedó más remedio que aceptar.

—Me lo debes —dijo, contundente, mientras le tendía el paraguas.

Kenzo supo entonces que él no había olvidado. Un latigazo de culpabilidad restalló en su pecho; la espina enquistada volvió a doler, pero la ignoró. Poco después deshicieron juntos el camino hasta el *Paradise*. La lluvia seguía envolviendo aquel sector de Tokio con su velo grisáceo, pero el corazón de Kenzo latía al ritmo de un color que ya creía olvidado: el rojo. Rojo de la sangre, de la fuerza. De la determinación y la pasión.

※※※

El chófer que el club ponía al servicio de sus artistas los dejó, presto y eficiente, en el barrio de destino cuando ya pasaban de las dos de la madrugada. Tal y como Hirose le había contado, la casa se encontraba al noroeste del parque de Ueno, entre dicho barrio y el de Asakusa. En aquella

zona aún permanecían en pie numerosas casas unifamiliares que databan de los años veinte, algunas incluso más antiguas; vestigios silenciosos de una época que había quedado atrás pero que allí estaba bien presente, y que parecía clamar con voz firme que, al contrario que en el resto de la megalópolis, el derribo para erigir rascacielos o bloques de apartamentos en las parcelas era algo que los vecinos no iban a tolerar.

Precisamente esa fue la sensación que el hogar de Lily le transmitió a Kenzo mientras contemplaba la fachada: orgullo, tradición. También sencillez y humildad.

Se dejó conducir por Hirose. Una vez en el interior dejó el paraguas a buen recaudo, al igual que su cartera, y se quitó los zapatos. Tratando de no ser descortés, lanzó miradas todo lo discretas posible mientras avanzaban por un pasillo. Los suelos de *tatami*, los techos altos, la estructura de madera; habitaciones separadas por puertas correderas, el agradable olor a tierra húmeda del jardín. No demasiado lejos de la entrada había un pequeño altar. En su centro, una fotografía de una mujer madura ataviada con kimono. Junto a la imagen, varias varitas de incienso ya consumidas.

Al fondo del pasillo se hallaba una amplia sala; en el centro mismo de la estancia, un acogedor *kotatsu*, y sentado a dicha mesa baja, resguardado bajo el calor de sus mantas, el anciano al que reconoció, el cual se lo quedó mirando mientras servía té con movimientos delicados. Vestía un elegante *yukata* de tonos verdes.

—¡Ya estoy en casa! Y traigo a un invitado, Lily: mi viejo amigo de secundaria, Ken-chan — anunció Hirose.

Kenzo se inclinó en una reverencia al tiempo que decía:

—Es un placer conocerle, Lily-san. Soy Matsumoto.

Lily rio, y haciendo un mohín le restó solemnidad al encuentro.

—No me trates con tanto respeto —le pidió—. Kenzo, ¿verdad? Hirose me ha hablado mucho de ti.

Tal revelación, sumado a lo cercano del trato, hizo que el oficinista se quedara sin saber qué decir.

—¿Quieres un té? —preguntó Lily.

Kenzo asintió y tomó asiento. Mientras Lily le servía, observó a su anfitrión: la piel, pese a estar lastrada por el paso de los años, lucía radiante. Asimismo, la calvicie había hecho estragos, pero en lugar de avejentarle le confería cierto aire desenfadado. Esa vitalidad que sobre el papel ya le había llamado la atención resultaba ahora palpable, pues Lily la imprimía en cada uno de sus gestos.

—¿Cómo te fue hoy? —le preguntó este a Hirose.

—No quise arriesgar y tiré del repertorio clásico.

—Entonces seguro que Midori encandiló al público.

—Yo creo que sí. ¿Verdad, Ken-chan? —le dio pie Hirose para que se metiera en la conversación.

Kenzo asintió tímidamente, las manos sujetando con firmeza la taza. Tras llevársela a los labios y dar un sorbo, se atrevió a expresar en voz alta sus impresiones:

—Me ha sorprendido hasta qué punto Hiro se convirtió en una persona distinta. Fue como... — Buscó las palabras adecuadas y, tras una pausa, concluyó—: Como si su aura también cambiara;

una transformación en cuerpo y alma.

Lily sonrió, satisfecho.

—Has captado la esencia de este arte... Muchos solo ven la parte más llamativa, pero es necesario tener una sensibilidad especial para convertirte en lo más opuesto a tu yo. —Lily bebió de su té—. Tradicionalmente, en el teatro *kabuki* a los *onnagata* se los respeta y admira por representar papeles femeninos pese a su condición masculina, pero a nosotros aún se nos menosprecia.

—No creo que se pueda comparar el *kabuki* con nuestras actuaciones, Lily —rio Hirose.

—Pero en esencia, es lo mismo —le dio la razón Kenzo—. Hiro me ha contado que usted le enseñó todo cuanto sabe y que sigue siendo una leyenda, Lily-san. Seguro que fue el mejor *onnagata* de los clubs.

Ante semejante aluvión de halagos, Lily rio suavemente.

—Agradezco tus elogios —dijo el anciano—, pero me temo que en nuestro caso siempre recibiremos el mismo trato... Las cosas han cambiado mucho desde los días de mi juventud, pero si hay algo que permanece prácticamente igual es lo que nos tiene hoy a los tres aquí. —Tras vaciar su taza concluyó, tajante—: Consciente o inconscientemente, *nosotros* siempre acabamos por buscarnos y apoyarnos los unos a los otros porque nadie de nuestro entorno lo hace, ¿no es cierto? Es el sino de los que no anhelamos la compañía de una mujer.

Kenzo sintió un incómodo azoramiento. Desde que fuera consciente de la atracción que otros hombres ejercían sobre él, había tratado de mantener ese aspecto de su vida lo más aislado posible. Nunca lo había mencionado en su entorno laboral, jamás en el reducido núcleo de su ya de por sí reducida familia. Sus escasas amistades, si es que lo intuían, no le habían preguntado de forma abierta sobre ello ni él había sacado el asunto a colación. Tampoco había tenido amantes. Así que, en definitiva, él no sabía lo que era buscar a otros, formar un grupo, tejer una serie de relaciones interpersonales que pudieran llegar a equipararse a otro núcleo familiar.

Y sin embargo, ahí estaba. Con Hirose, posiblemente la única persona a la que de verdad se había llegado a sentir unido, y con el peculiar mentor de este, quien le trataba como si de un cachorro desvalido se tratase.

Diciéndose que, en realidad, su grado de inmadurez para con tantos aspectos resultaba estremecedor, se supo, en comparación con su sapiencia y saber estar, exactamente como eso: un perro desorientado que ansiaba refugiarse.

—Sí, es cierto... —murmuró.

—Estás en un espacio seguro, con nosotros no tienes nada que esconder —afirmó Lily con voz cándida.

Kenzo esbozó una sonrisa, y Hirose aprovechó el nuevo silencio para dejarlos a solas:

—Iré a prepararte la habitación de invitados y el *ofuro*. Nada como un buen baño caliente para aliviar el cansancio.

Kenzo sintió que el rubor encendía su rostro. Hizo un gesto con las manos, como dando a entender que no era digno de semejantes atenciones.

—No será necesario, en breve debería marcharme. Yo...

—Eres nuestro invitado —lo interrumpió Lily—. Por favor, concédenos el honor de pasar aquí esta noche. La casa es grande y hay futones de sobra.

Hirose asintió. En cuanto a Kenzo, como de nuevo no supo qué decir, simplemente dejó que su cuerpo se inclinase en otra reverencia.

—Te avisaré cuando esté todo listo —dijo Hirose al tiempo que se incorporaba y tomaba unos gruesos álbumes de fotos de las estanterías—. Lily, ¿por qué no aprovechas y le muestras a Kenchan cuánto brillabas en los escenarios?

Lily asintió con entusiasmo, y una vez a solas fueron abriendo los álbumes. Las páginas, amarillentas por el paso del tiempo, estaban repletas de panfletos con publicidad de numerosos locales, fotografías diversas e incluso notas manuscritas de admiradores. Asombrado, Kenzo no pudo sino saciar la curiosidad:

—¿Cuántos años tenía cuando empezó usted a actuar, Lily-san? —le preguntó.

—Oh, eso fue muchísimo antes de que vosotros dos nacierais, me temo —rio, coqueto. Lily señaló un panfleto en particular—. Mi primera actuación fue en una base americana en el año 19 de la era Showa, muy poco después de que la nación se rindiera. Yo tenía quince años.

Kenzo asintió. Si en el momento en el que se proclamó el término de la II Guerra Mundial Lily tenía esa edad, eso quería decir que en la actualidad contaba con ochenta primaveras.

—Mi padre murió en servicio, y mi madre dependía en gran medida de mí para alimentar a mis hermanos —siguió narrándole Lily mientras pasaban las páginas—, así que en lugar de buscar trabajo en la construcción o similares, elegí escapar de la miseria con los vestidos y el maquillaje que me conseguían aquellos soldados.

Kenzo escuchaba su historia mientras observaba con atención más fotografías y recortes.

—¿Lo supo su familia?

—A mi madre pude ocultárselo mucho más tiempo del que creí en principio, pero cuando se enteró de mis actividades nocturnas, simplemente me pidió que no manchara el honor de mi difunto padre. —Rememorando días pasados que de seguro le traían dolor, añadió—: Así que aunque seguí haciéndole llegar buena parte de lo que ganaba, no volví a pisar su casa. Tampoco volví a verla hasta su funeral.

—¿Y sus hermanos? —musitó Kenzo, ensimismado.

—La única con la que mantuve el contacto fue mi hermana... Ella contrajo matrimonio con un hombre con buen ojo para los negocios, pero no tuvieron descendencia. Enviudó joven, y como se sentía sola me pidió que viviera aquí con ella y la ayudara a mantener la casa en buen estado. —Señaló hacia lo alto, como refiriéndose a la estancia en la que se encontraban—. Yo ya estoy mayor y Hirose hace gran parte del trabajo, pero aun hoy en día sigo cumpliendo mi promesa como guardián de este hogar. —Con una sonrisa de satisfacción, Lily añadió—: Seguro que Nadeshiko nos supervisa. Siempre fue muy perfeccionista.

Kenzo asintió, recordando el altar que había visto junto a la entrada.

—Pero en esta vida lo que no te mata te hace más fuerte —retomó Lily la narración al tiempo que le mostraba más fotografías de sus años dorados en Ni-chōme—. Tokio no era más que un montón de ruinas, pero los que sobrevivimos pudimos reconstruirla a nuestra conveniencia. Y yo formé parte de los que erigimos la noche de Shinjuku, esa que los jóvenes habéis heredado.

Mientras le escuchaba, Kenzo se recolocó en el *kotatsu*. Aquella sensación tan acogedora le hizo recordar su infancia en Tateyama, donde el invierno si bien era más duro que el de por sí cruel invierno tokiota, resultaba mucho más llevadero en la calidez del hogar.

Rememorar aquellos días le hizo centrar el foco de la conversación sobre quien era una parte indispensable de su pasado:

—Entonces..., ¿Hiro le ha hablado de mí?

—Así es.

—Él me contó antes que usted... —titubeó—. Que usted salvó su vida.

—Lo creas o no —replicó Lily—, Hirose te ha tenido bien presente desde la última vez que os visteis.

El joven guardó silencio mientras esas palabras iban calándole. Lily, mirándole a los ojos, le habló como nunca antes lo había hecho: de forma directa y sincera, poniendo en ello todo su corazón:

—Has de saber que el que estés hoy aquí no es casual, Kenzo —siguió el anciano.

Este frunció ligeramente el ceño, sin comprender.

—¿Cómo que no es casual...?

—Cuando Akira nos contó que formabais parte de la misma plantilla, me dije que tenía que hablar contigo.

—¿Akira...? —volvió a titubear.

—Akira Totsuya, sí. —Condescendiente, Lily procedió a revelarle la verdad—: ¿Acaso fuiste tan inocente como para creer que él y Hirose se habían encontrado de forma casual?

Kenzo volvió a sonrojarse. Cuando su compañero de trabajo le había dicho cómo obtuvo la *meishi* de Hirose, una parte de sí mismo se había dicho que precisamente en Shinjuku era imposible reconocer a alguien en medio de la multitud, menos cuando no se había tenido contacto reciente con la persona en cuestión. Pero la otra parte, la que seguía teniendo fe en el amor, sí que lo había creído a pies juntillas.

Sin embargo, lo que realmente lo trastocó no fue reconocer su ingenuidad, sino la entrada de esa nueva incógnita en la ecuación:

—Pero Totsuya desprecia a Hiro...

—A las personas no se las puede juzgar teniendo en cuenta una sola cara de la moneda, Kenzo —apuntó Lily con voz suave—. Nadie tiene un aura solo blanca o negra: en nuestro interior, causados por nuestras respectivas historias, guardamos multitud de matices.

Kenzo trató de asimilar esas palabras, pero seguía sin comprender.

—Akira me ha pedido que haga de intermediario entre vosotros —siguió Lily—. Por el aprecio que le tengo y lo importantes que ambos sois para Hirose, accedí con gusto. ¿Me permites que lo haga?

El oficinista bajó la mirada, clavándola en los puños fuertemente cerrados sobre la manta que salía del *kotatsu*. A su memoria acudieron, vívidos, recuerdos de aquella jornada en que su vida cambió.

Se vio a sí mismo el día de la graduación. Acabar el bachillerato era todo un hito para cualquier estudiante nipón, un paréntesis de alegría antes de afrontar los durísimos exámenes de acceso a la universidad, principal condicionador de futuro para el ciudadano de a pie. El uniforme, usado aunque impecable, listo para ser lucido en el recinto por última vez. Los nervios a flor de piel. Los botones de la chaqueta, intactos, pues no tenía previsto, como dictaba la

tradicción, arrancar el segundo para entregárselo a la persona por él más preciada. Y es que en lugar de ello, había planeado algo totalmente distinto.

Rememoró la luz que inundaba el aula de educación física del instituto, ya vacía. El eco de sus pasos mientras se acercaba a Hiro, quien había acudido a la cita y le esperaba en medio de la pista de baloncesto. La sonrisa deslumbrante de este, su uniforme más ajado que el suyo, con varios botones ya desprendidos.

Se acercó a Hirose, los rostros de ambos frente a frente. Las palabras, tantas veces ensayadas en la intimidad de sus pensamientos, esperando el turno para ser pronunciadas. Lo miró a los ojos. Dichas palabras fueron brotando, pero no en el discurso fluido que había construido en la teoría, sino atropelladas y torpes.

Los labios de ambos al fin acercándose. El inicio de ese primer y único beso, interrumpido, inconcluso.

Y entonces, la voz estridente de Totsuya reverberando por la amplia aula multiusos. Los pasos de quienes le acompañaban. La frase que a Kenzo le volvió a poner los pelos de punta.

«¿Se está aprovechando de ti el perverso, Matsumoto?»

Lily le devolvió al presente:

—Antes me preguntaste si Hirose me había hablado de ti... Lo cierto es que dejaste una huella tan profunda en él que durante mucho tiempo olvidó quién era... Hasta ese punto nos puede llegar a anular el dolor. —Asintiendo con breves cabeceos, añadió—: La noche en que le conocí, cuando se atrevió a hacerme una visita al camerino para pedirme que le introdujera en nuestro arte, vi que se trataba de una persona excepcional, pero también me percaté de que la pena que arrastraba no le dejaba más que subsistir. Así que le tendí mi mano, y él la aceptó. No solo tomó el testigo como Midori, también poco a poco su corazón fue sanando y logró reconciliarse consigo mismo y aceptar su pasado... —Tras una pausa, afirmó, rotundo—: Hace falta mucho valor para perdonar a quien te ha herido, y, sobre todo, para ponerse en el lugar del otro. Doy por hecho que sabes de lo que te estoy hablando.

Kenzo asintió; la cabeza aún baja.

—Akira no supo cómo gestionar sus emociones durante aquellos días en que los tres erais compañeros de clase —prosiguió el anciano—, y reaccionó como lo hacen muchos de aquellos que abusan de otros: exteriorizando su propio miedo, usándolo para atacar a los demás.

Kenzo no terminaba de creer lo que estaba oyendo.

—¿Quiere decir que...?

—Tokio puede ser un remanso de paz para el que busca el anonimato, y él encontró la libertad que anhelaba en Ni-chōme. El año pasado, tras entrar por casualidad en el *Paradise*, reconoció a Hirose mientras actuaba. Le esperó a la salida y luego vinieron juntos aquí. Desde entonces, Akira es un habitual en esta casa. —Tras una pausa, Lily agregó—: Entre ambos idearon la coartada para hacerte llegar la tarjeta.

Kenzo seguía clavado en el sitio; los puños cada vez más cerrados, la mirada aún baja.

—De hecho —los sorprendió de pronto la voz de Hirose—, fui yo quien le propuso a Akira que sobreactuase al entregártela, o no hubiera resultado creíble... Estaba seguro de que irías a mi encuentro, Ken-chan. No sabes cuánto me alegra no haberme equivocado.

Al verle, Kenzo se puso en pie con el cuerpo en tensión. La necesidad de salir cuanto antes de

ahí se apoderó de él.

—Agradezco sus atenciones, Lily-san —dijo tras girarse hacia este—, pero debo irme.

—Tuya es la decisión de marcharte o hacerle frente a lo que no te deja avanzar —replicó Lily, sereno—. Sea cual sea tu elección, la respetaremos.

Kenzo, con la respiración agitada por la congoja, los observó. Una parte de sí mismo quería huir, regresar a su vida monótona y vacía aunque segura; pero la otra pujaba por llegar al meollo de aquel asunto. Y no encontraba las fuerzas necesarias para ignorarla.

—Lily-san..., ¿por qué hace esto? ¿Por qué intercede por nosotros?

El anciano esbozó una sonrisa triste, y se lo desveló:

—Porque el hombre que formó parte de mi vida durante cuarenta años solo estuvo en ella una vez por semana, cuando cada noche de viernes venía a verme actuar, hasta que un día, de buenas a primeras, dejó de hacerlo... El único que tuvo la cortesía de indicarme dónde podía ir a visitar sus cenizas fue su hijo pequeño, pues según me contó estaba al tanto de nuestra relación. —Con una pose que manifestaba entereza y dignidad, añadió—: Aquel día me prometí que, mientras me quedara un ápice de vida, haría todo lo posible para que otros no tuvieran que correr la misma suerte. Así que por eso intercedo por vosotros tres: para que no os veáis obligados a permanecer en las sombras como yo.

A Kenzo se le formó un nudo en la garganta.

—Si no es molestia, voy a aceptar su hospitalidad —murmuró.

Lily asintió de un lento cabeceo, y Hirose le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Me gustaría hablar a solas contigo —dijo este mientras le mostraba dónde estaba el tradicional *ofuro* de madera—. Te estaré esperando al fondo, en la habitación de invitados.

Una vez Hirose se hubo marchado, Kenzo se despojó de las ropas, dejándolas bien dobladas sobre una encimera, y procedió primero a limpiar su cuerpo. A medida que, sentado sobre una banqueta, se echaba cubos de agua por encima, trató de poner en orden sus pensamientos. Sin embargo, no fue hasta que estuvo sumergido en el agua caliente cuando sintió que las dudas y pesares iban disipándose para a continuación volver con más ahínco.

Haciendo un esfuerzo descomunal, rememoró el momento que suponía su mayor secreto, la mayor vergüenza que arrastraba. El origen del dolor, del aislamiento. Del velo gris que, como la lluvia que afuera seguía cayendo, recubría a sus ojos el mundo.

«¿Se está aprovechando de ti el perverso, Matsumoto?»

Se vio a sí mismo paralizado, presa del pánico. El calor de los labios de Hiro, los cuales apenas había alcanzado a probar, aún en los suyos. Se separó con urgencia de él, y Totsuya y los otros dos alumnos con los que iba a todos lados se acercaron a ellos.

Más burlas dirigidas a Hiro, impropiedades, empujones. Y de nuevo esa pregunta.

Si decía que no, con el amago de beso que habían presenciado también lo convertirían en blanco de su ira. Si decía que sí, tal vez saldría airoso de la situación, pero pagando un precio que aún desconocía.

El miedo recorriéndole la espina dorsal. El sudor frío en las palmas de las manos. El instinto de protegerse haciendo que se decantase por la segunda respuesta.

Lo que siguió a continuación era en su cabeza una amalgama de imágenes inconexas. Recordaba

el sonido seco de los puñetazos y patadas; presenciar, como testigo privilegiado a un par de metros de distancia, la paliza que Totsuya y sus amigos le estaban propinando a Hiro.

Kenzo se sumergió por completo en el agua ardiente y salió. Se secó la piel enrojecida y se vistió con el *yukata* azul marino que le habían dejado en la zona del cambiador.

Accedió al pasillo. La casa estaba sumida en una quietud absoluta, únicamente rota por el murmullo incesante de la lluvia; la oscuridad en armonía con la luz difusa que provenía de la habitación de invitados. Kenzo abrió la puerta corredera que daba paso a la estancia. Allí, sentado sobre el suelo de *tatami* y vistiendo un *yukata* idéntico al suyo, se encontraba Hirose.

Sin mediar palabra Kenzo se arrodilló ante él y, con manos temblorosas, le abrió el *yukata*. Al quedar el torso de Hiro al descubierto, la vio.

Una cicatriz a la altura del esternón; al pasar los dedos sobre esta, notó una hendidura. En su cabeza, de nuevo la voz de Totsuya, gritándole.

«¡Vamos, Matsumoto! ¡Demuéstrale a este pervertido qué es lo que le pasa a la escoria que no sabe reprimirse!»

Y el Hiro que tenía delante se transformó en aquel de diecisiete años que, aun con el rostro magullado y salpicado de sangre, le sonrió segundos antes de que obedeciera. Kenzo revivió el instante en que la suela de su zapato impactó contra el pecho de Hirose con todas sus fuerzas, en la primera de las tantas patadas que le dio en un violento acceso de pánico.

Recordó lo ajetreado de su respiración, el aturdimiento cuando, siguiendo a los otros, huyó de la sala de educación física todo lo rápido que pudo tras escuchar que alguien, posiblemente el celador del instituto, irrumpía.

La imagen de Hirose tendido en el suelo, inconsciente, haciéndose cada vez más pequeña. Lo abandonó ahí, y lo erradicó de su vida a base de un vacío que se prolongó primero durante las semanas en las que se aisló sin salir de casa, como si así pudiera borrar las huellas de sus faltas; luego, durante todos aquellos años de silencio.

Sin poder contener las lágrimas, Kenzo se postró ante él; la cabeza contra el *tatami*, hundida entre ambos brazos en una pose de súplica.

—Lo siento... —sollozó—. Lo siento, Hiro... Perdóname, por favor...

En lugar de escuchar la voz de Hirose, fueron sus dedos los que hablaron por sí solos al posarse sobre sus cortos cabellos en un gesto reconfortante.

—Hace mucho que os perdoné, Ken-chan. A Akira y a ti —dijo en tono suave—. Y cuando lo hice, pude retomar mi vida sin que el miedo me lo impidiera, pues comprendí que no vale la pena guardar viejos rencores si no sabes cuáles son los demonios de los demás... Pero cuando Akira me contó que cada vez que coincidís apenas te atreves a mirarle, que siempre pareces triste, algo me dijo que estabas estancado en el mismo punto que yo antes de conocer a Lily..., y tenía que hacer algo al respecto. Perdóname tú a mí si fui muy lejos al provocar este encuentro.

Más lágrimas arrasaron los ojos de Kenzo. Tras unos instantes de duda, rompió las cadenas que le impedían mostrar sus sentimientos al abrazarse a su cintura, la cabeza esta vez apoyada en su regazo.

—Todo lo que te dije fue sincero... Todo lo que te dije antes de...

—Lo sé.

—Yo quería que nos esforzásemos en el examen para ingresar en una universidad de Tokio y

empezar una vida nueva juntos aquí, donde nadie nos conociera —siguió Kenzo—. Lo quería de verdad...

—Nunca lo he dudado —replicó Hirose, sus dedos aún acariciando los cabellos—. Pero la pregunta que debes hacerte es qué es lo que quieres ahora.

Kenzo dejó la mirada perdida, aún abrazado a él. Las lágrimas seguían resbalando por su rostro e iban a morir al *yukata* de Hirose mientras se hacía esa, la madre de todas las cuestiones.

Sintiendo una paz difícil de describir, halló la respuesta.

—Lo que quiero es lo mismo que Lily-san desea para nosotros —dijo, la voz tomada—. Ser yo mismo y buscar sin miedo el amor. Dejar de vivir en las sombras.

Kenzo permaneció en silencio unos segundos más, dejándose envolver por aquella reconfortante sensación. Si era cierto que al exteriorizar sus anhelos había dado el primer paso en un sendero desconocido, sabía cuál era el segundo. Tras incorporarse lentamente buscó sus labios, retomando el beso interrumpido veinte años atrás; sintiéndose igual de perdido, pero a la vez más seguro de sí mismo de lo que nunca había estado.

Hirose le correspondió; aquella lengua encontrándose con la suya, desatando un huracán de nuevas sensaciones tan intenso que amenazaba con derribarle. El deseo fue imponiéndose, pero cuando Kenzo sintió que las manos de Hiro se perdían por debajo del *yukata* que vestía, no vio más opción que la de serle franco:

—Yo... no tengo experiencia —confesó con un hilo de voz.

Hiro, tras dejar apoyada la frente en la suya con los ojos cerrados, detuvo las caricias. Si algo había de ocurrir entre ambos, no sería aquella noche.

—¿Me dejas dormir contigo, como cuando me quedaba en tu casa durante las vacaciones de verano? —le preguntó en un susurro.

Nuevas lágrimas volvieron a rodar por las mejillas de Kenzo. Tras secárselas, asintió de un cabeceo; sus labios se curvaron en una sonrisa temblorosa.

Hirose apagó las luces y se tendieron sobre el futón. Siguieron mirándose en la penumbra; la lluvia parecía haber cesado.

—Yo sí que lo habría hecho... —musitó de pronto Kenzo.

—¿Cómo? —preguntó Hirose, sin comprender.

—Lo que me dijiste en la *izakaya*, cuando me contaste que llegaste a pensar en irte de este mundo... —murmuró—. Yo sí te habría echado de menos.

En algún punto indeterminado de la madrugada cayeron presa del sueño. Kenzo dormitó por breves intervalos, dedicando la consciencia durante la duermevela a meditar.

Cuando la claridad empezaba a intuirse a través de los ventanales, salió de la habitación tratando de hacer el menor ruido posible. Recuperó sus ropas, dejó el *yukata* donde lo había encontrado y se dirigió a la salida. No había rastro de Lily, por lo que dedujo que estaría descansando.

Antes de marcharse se detuvo frente al altar. Juntó ambas manos y entonó una breve y silenciosa plegaria, dando las gracias a Nadeshiko por haberle acogido también en su hogar. Y así, cartera en mano, paraguas plegado en la otra, recaló en las calles desiertas.

El alba ya había despuntado para cuando llegó caminando a la estación de Ueno. Las calles

seguían mojadas, y pese a ser sábado empezaba a notarse el trasiego de peatones y conductores. Muchos iban en la misma dirección que él para tomar los primeros trenes del día, ya fuera el metro, los de alta velocidad con destino a otros núcleos urbanos o los que recorrían la superficie de Tokio.

En las carreteras, un sinfín de vehículos entre particulares y taxis, adueñándose ordenadamente del asfalto antes de que se formaran atascos; los faros de posición en una hilera que se perdía hasta donde alcanzaba la vista. Luces rojizas avanzando en línea al amanecer.

Tomó la Yamanote, pero en lugar de hacerlo en sentido a Shinjuku lo hizo en el contrario. Poco después se apeó en la estación de Tamachi, perteneciente al barrio de Minato. Con la esbelta silueta de la Torre de Tokio de fondo anduvo hasta la delegación que su empresa tenía en la zona, pues estaba seguro de que no era el único empleado que no había pasado la noche en casa y que trataría de compensar los excesos con otra maratónica jornada de trabajo.

Pero esa vez el deber tendría que esperar. Y es que Kenzo se dijo que se traía algo más importante entre manos.

Le esperó en una cafetería cercana tras haber probado suerte llamándolo por teléfono a su puesto. Apenas cinco minutos después, Totsuya hizo acto de presencia. Ojeras por haber trasnochado en el karaoke; una camisa limpia y planchada, seguramente la muda que guardaba en la oficina para ocasiones como aquella; el gesto irreconocible, casi huidizo en lugar de la bravuconería habitual.

Se sentó frente a él y pidieron dos cafés americanos y un par de *bagels*. Fue Kenzo el que inició la conversación:

—Anoche estuve con Hiro y Lily-san.

Totsuya asintió.

—Veo que entonces fuiste al encuentro de Midori...

—Sí..., Akira.

Como si aquel nombre que acababa de pronunciar fuese una palabra mágica, se obró el efecto, pues su antaño compañero de clase se inclinó en una reverencia.

—No pretendo justificar mis actos —empezó a decirle sin variar la postura—, sé que lo que hice fue horrible y que os causé dolor, pero... tenía mucha presión sobre los hombros. Mi padre quería que heredase su negocio, que perpetuara el legado familiar estudiando abogacía y teniendo pronto hijos. Y cuando empecé a ser consciente de lo que me ocurría, yo... —Acentuó la reverencia—. No soportaba veros juntos a Hirose y a ti.

—¿Por qué?

—Me di cuenta de lo que sentíais el uno por el otro. Y os enviaba —confesó—. Tanto que como no podía tener lo mismo que vosotros..., os odié. La única manera que encontré de darle salida a ese odio, fue volcando sobre vosotros mi frustración.

Hicieron una pausa cuando les trajeron la comanda. Kenzo, tras darle cuenta al amargo café, también fue sincero:

—El daño que me hiciste a mí fue minúsculo en comparación con el que le causaste a Hiro.

—Yo pienso que fue al contrario —replicó Totsuya, ya erguido—. Hirose logró superarlo y rehacer su vida, pero tú, pese a que no recibiste daños físicos, has arrastrado las secuelas hasta ahora.

—¿Cómo lo sabes? —le cuestionó—. Apenas me conoces.

—Tus ojos no mienten..., Kenzo —se atrevió a corresponder el trato—. Antes estaban llenos de vida. Solo espero que dejes que Lily poco a poco te ayude a recuperar ese brillo que yo tanto envidiaba.

Valiéndose de la mención al anciano, piedra angular sobre la que se sostenía aquel triángulo, Kenzo siguió indagando:

—¿Y qué ha hecho Lily-san por ti?

Akira esbozó una sonrisa.

—Me ha hecho ser consecuente con mis actos... Aún no estoy preparado, pero algún día volveré a la casa de mis padres y les pediré perdón por haberme marchado sin dar explicaciones. Sé que posiblemente los decepcioné tanto cuando dejé la universidad y me vine a Tokio que no volverán a aceptarme, pero se los debo. Y también se lo debo a mi mujer. —Señaló el lugar en su dedo en el que hasta no hacía mucho había brillado una alianza—. Busqué valor para sincerarme con ella y pedirle el divorcio. Desde que conocí la historia de Lily no he sido capaz de seguir viéndome con otros hombres a espaldas de ella, así que ya hemos comenzado los trámites.

De haber sido otras las circunstancias, Kenzo hubiera dicho algo como un «lo siento», pero guardó silencio, pues sentía que su compañero estaba haciendo lo correcto.

—Y también se lo debía a Hirose, y a ti. Cuando me dijo que quería verte, no pude negarme a hacer de cebo. De alguna forma, yo... quería hacer lo posible para que tuvieseis la oportunidad que os robé.

—Te lo agradezco —respondió, esta vez sí, Kenzo—. Yo también quiero empezar a ser consecuente con mis actos. De hecho, voy a empezar hoy mismo.

Akira asintió. Tras mordisquear su *bagel*, le hizo una propuesta:

—¿Te gustaría que fuésemos juntos esta noche a ver a Midori? Luego podríamos hacerle una visita a Lily.

—Quizás en otra ocasión, pero si tú vas, ¿te puedo pedir un favor?

—Por supuesto.

Mientras terminaban de desayunar, Kenzo lo puso al corriente de lo que necesitaba que hiciese en su nombre. Poco después se despidieron; el uno puso rumbo a la oficina, el otro de nuevo a la estación para tomar el tren hasta Shinjuku, y una vez hubo dejado a punto la agenda para la semana próxima, regresó a su casa en Adachi pasado el mediodía.

La jornada de sábado llegó a su fin, y con la caída de la noche el desenfreno se apoderó de la ciudad. Midori volvió a reinar en Ni-chōme, y en una tranquila casa no demasiado lejos de Asakusa, Lily esperaba bajo el *kotatsu* mientras bebía té a que sus acompañantes para el resto de la madrugada hicieran acto de presencia.

—¡Ya estoy en casa! —anunció Hirose, alegre.

—¿Cómo estás, Lily? —lo saludó Akira—. Te traigo un obsequio de parte de un admirador.

La antaño estrella del transformismo tomó con deleite el ramo de lirios blancos que el joven acababa de tenderle. A continuación leyó la nota que acompañaba a las flores y una emotiva sonrisa curvó sus labios. Ya sentados los tres bajo el edredón del *kotatsu*, Akira se sacó de la chaqueta un sobre.

—También tengo algo para ti, Hiro...

Este, sorprendido, tomó el sobre con ambas manos, y mientras bebía el té que Lily acababa de servirle, leyó la nota que incluía. En su mente resonó la voz de Kenzo, como si le estuviera diciendo aquellas palabras al oído.

«Cuando te dije que quería empezar una vida contigo, era un ingenuo. No tenía ni idea de cómo funcionan las cosas, ni sabía lo que nos esperaba en el mundo real una vez nos hubiésemos convertido en adultos. Ahora que somos adultos capaces de desenvolvernos en ese mundo real al que tanto temíamos, pero en el que tanto ansiábamos adentrarnos, quizás sigo siendo un ingenuo, porque si algo he sacado en claro tras haberme encontrado de nuevo contigo, es que lo sigo queriendo.

Sé que no será fácil, pero si tú también quieres descubrir qué nos puede deparar el futuro, te estaré esperando mañana a las once en el parque de Ueno, en la entrada junto a la estación.

Si decides no venir, espero que a Lily y a ti no os importe que os haga una visita de vez en cuando.

Gracias, Miss Midori.»

Se guardó la carta en el hueco formado entre sus piernas bajo la cálida manta, y sus acompañantes lo miraron, ávidos de saber cuál era el contenido.

—A juzgar por tu expresión, no son malas noticias, ¿verdad? —insinuó Lily.

Hirose sonrió, pero en lugar de satisfacer su curiosidad, le respondió con evasivas:

—Me temo que, al menos esta noche, no es de tu incumbencia.

—A mí no me mires, Lily —se exculpó Akira—, yo solo he sido el mensajero.

Y cambiaron de asunto como si tal cosa, charlando sobre multitud de temas con el ramo de lirios presidiendo la mesa.

※※※※※※※※

El mal tiempo por fin dio tregua. El sol, brillando en un cielo sin mácula, arrojaba su calidez sobre los miles de tokiotas que ya se habían lanzado a las calles para disfrutar del día libre. El momento que todo Japón estaba esperando había llegado, pues las flores de cerezo empezaban a abrirse. Tras haberlo hecho en el sur, la floración subía, escalonada, y le tocaba ahora a la capital, que durante un efímero lapso de tiempo se teñiría con las tonalidades de ensueño de la *sakura*.

Pese a ser aún temprano, eran muchos los que ya habían reservado sitio para celebrar el *hanami*, la fiesta de la contemplación de la flor del cerezo. Dondequiera que mirase, Kenzo veía a más y más personas acondicionando zonas para sentarse sobre el césped; comida y bebida por doquier, risas, buen ambiente. El aire limpio y fresco, la primavera en su cénit.

Permaneció de pie, observando a su alrededor. Dispuesto a librarse de los blancos y negros que hasta entonces habían regido su vida, dejó aparcado el traje que incluso en domingos solía vestir, y rescató las prendas que habían estado guardadas en un rincón de su armario. Algo tan sencillo como los vaqueros azules que llevaba puestos, rematados por un jersey de cuello alto color mostaza, le hacían parecer un hombre totalmente distinto.

Más y más gamas cromáticas se desplegaban ante sus ojos. Las flores, abarcando un delicado abanico de rosados, desde los más puros hasta los que rozaban el blanco; la hierba de la pradera, verde; el cielo de un intenso azul.

A las once en punto le vio llegar.

Hirose vestía una elegante chaqueta en tonos teja. Su sonrisa, deslumbrante; colgada del brazo, una cesta en la que traía varios *bentos* y bebida para sumarse al *hanami*. Comenzaron a andar por la avenida principal del parque y lograron encontrar un hueco aún libre junto a un árbol, en el que desplegaron una manta de picnic.

Allí, bajo las hermosas flores en plena explosión, retomaron su historia en el punto que si bien no era el que ambos inicialmente habían previsto, se les antojó adecuado: en Tokio, donde habían construido sus vidas; en la que ahora podían volver a rehacerlas, poco a poco, al ritmo que entre ambos imprimieran.

La ciudad que volvería a quedar envuelta por el velo grisáceo de la lluvia cuando esta cayese, pero que, pese a todo, ofrecía en cada uno de sus rincones, de sus contrastes y contradicciones, una posibilidad infinita de luz y color.

Fin

Curiosidades

1) Tokio cuenta con varios récords mundiales, entre ellos, el de albergar la estación de trenes más transitada del mundo, y es que se estima que unos tres millones de pasajeros (¡tres millones!) pasan cada día por Shinjuku. Cuando mi marido y yo nos bajamos en ella desde la línea Yamanote, tardamos quince minutos en llegar a la salida oeste caminando a buen ritmo e incluso haciendo varios tramos en cintas transportadoras. Es tan, pero tan grande y concurrida que me dejó asombrada.

2) Ni-chōme, el barrio gay de Tokio, surgió en los años cincuenta bajo la influencia de los americanos tras la II Guerra Mundial. Actualmente acoge negocios como bares, cafeterías o discotecas, pero también desfiles y numerosos y populares eventos. Como curiosidad, el cantante Freddie Mercury era un habitual del bar New Sazae, en Ni-chōme. Su dueño cuenta que la primera vez que el artista entró al local, saludó con la tradicional expresión *Tadaima!* (que se puede traducir como “Ya estoy en casa”).

3) En la sociedad japonesa el colectivismo tiene un papel fundamental. Estar en armonía con el grupo es imprescindible, y respetar las jerarquías algo que se inculca desde una edad muy temprana. Solo las personas con una alta relación de confianza (amigos muy íntimos o familiares) se llaman por su nombre de pila; en el resto de situaciones, se utiliza el apellido. Asimismo, es frecuente recurrir a sufijos honoríficos. El sufijo -chan se utiliza para los niños, o con personas con las que se tenga una relación de gran cariño y complicidad. Por el contrario, el -san denota un alto grado de respeto, si bien existen sufijos que indican grados mucho mayores, como -sama o -dono.

4) Las relaciones interpersonales en la cultura japonesa son muy complejas, hasta el punto de que a día de hoy el gobierno nipón lo considera un problema de primer orden por repercutir en la ya de por sí baja natalidad. Si bien las cosas están cambiando entre los más jóvenes, en general a los japoneses les cuesta muchísimo relacionarse con los demás por regirse por esa orientación hacia lo colectivo que impera en su cultura, unido a las largas jornadas de trabajo y otros tantos factores. A tanto llega esta incapacidad de relacionarse con otros que hay estudios que apuntan a que una de cada cuatro personas de entre 20 y 30 años en Japón es virgen, o lleva años sin mantener relaciones. Asimismo, cada vez hay más solteros.

5) Para indagar un poco más en este fenómeno, así como en la dificultad de muchos japoneses para expresarse como individuos y hablar de sus sentimientos, recomiendo el documental *El imperio de los SinSexo* y el reality *The Queer Eye: We're in Japan!*, de Netflix, en especial los episodios 2 y 4.

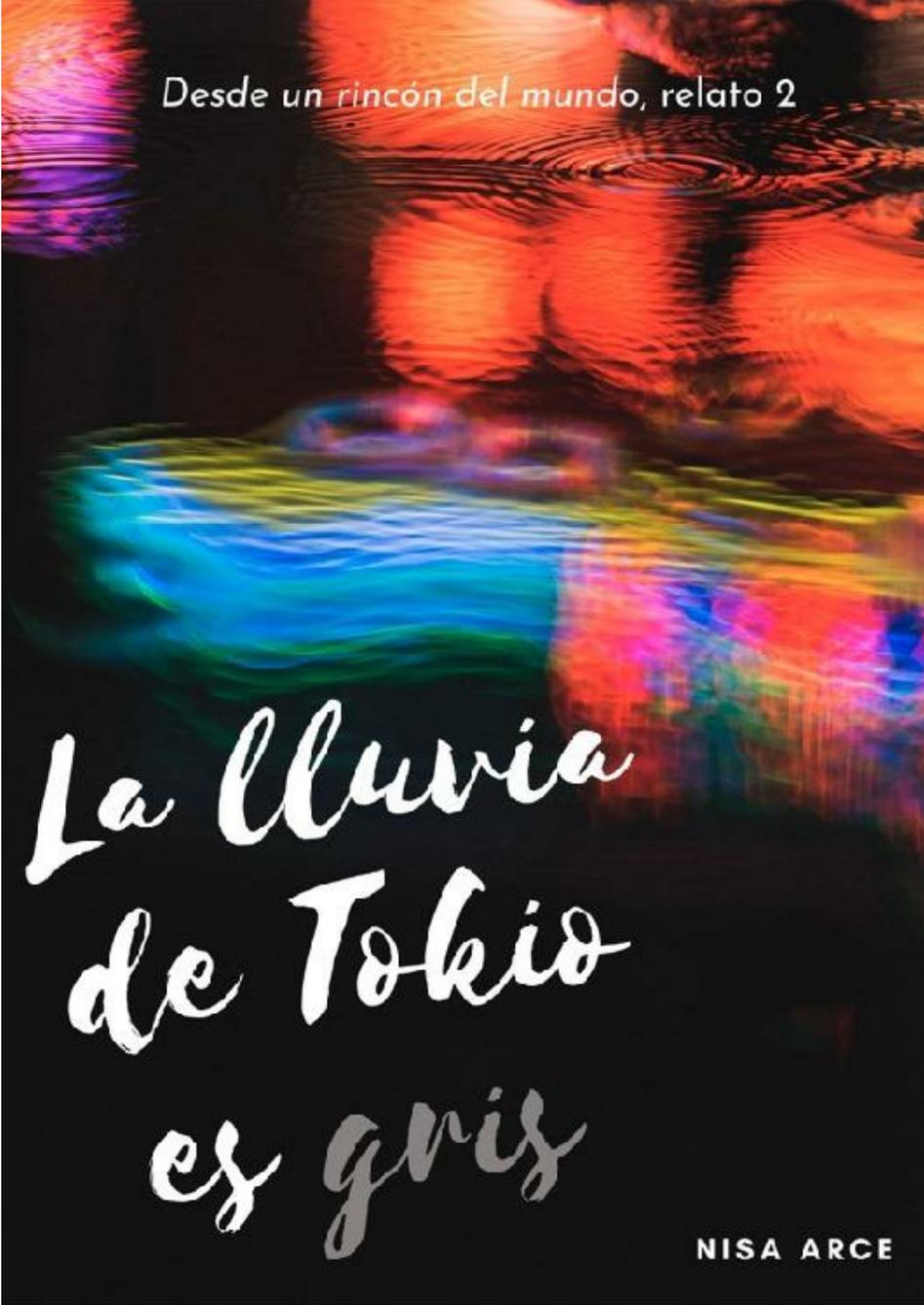
6) Como buena friki del manga que soy, no pude resistirme a hacer unos cuantos guiños en los nombres de los personajes de este relato... Kenzo debe su nombre al protagonista de *Monster*, de Naoki Urasawa, mi manga favorito: el doctor Kenzo Tenma. Hirose debe el suyo a Hirose Nanjo, hermanastro de Kōji Nanjo, coprotagonista de mi yaoi preferido, *Zetsuai since 1989*, de Minami Ozaki. Akira..., ¿hace falta que lo diga? Je, je, por el clásico homónimo de Katsuhiro Otomo. Y por último, el nombre real de Lily (Reiji) es un guiño a Reiji Matsumoto (más conocido como Leiji Matsumoto), creador del maravilloso universo de *Captain Harlock*. De él lleva también Kenzo su apellido.

Sobre la autora

Nisa Arce (Las Palmas de Gran Canaria, 1982), Técnico Superior en Realización de Audiovisuales y Espectáculos, y Diplomada en Relaciones Laborales por la ULPGC, se aficionó a la lectura a una edad muy temprana, hecho que condicionó, años más tarde, su gusto por la escritura.

Sus comienzos con las letras fueron a través de diversos *fanfics*, hasta que en 2007 decidió centrarse en escribir obras originales. Es autora de las novelas *Pierrot*, *Doce campanadas*, *Wishbone* y la trilogía *Las reglas del juego*, así como de su *spin-off* *Infinito*. También ha escrito el cuento infantil *El mundo a mis pies* y la novela corta *Berlín*. Actualmente está inmersa en el proyecto *Desde un rincón del mundo*, una colección de relatos inspirados, de una u otra manera, en los viajes que ha realizado con su marido.

Para mantenerte al tanto de sus nuevas publicaciones, visita: www.Nisa-Arce.net



Desde un rincón del mundo, relato 2

*La lluvia
de Tokio
es gris*

NISA ARCE